

Narcisismo y grupalidad: las encrucijadas del vínculo

*Margarita Baz y Téllez**

Resumen

El análisis crítico de la sociedad desde diversos ámbitos de las ciencias sociales ha conducido a caracterizar a las sociedades occidentales contemporáneas como sociedades narcisistas. Este trabajo toma como referente crítico tal premisa y se propone abordar el narcisismo como un avatar de los vínculos, es decir, como un conjunto de procesos complejos que aparecen constituyendo la problemática de la grupalidad. Partiendo de un recorrido por los desarrollos psicoanalíticos acerca del narcisismo, desarrolla la idea de una subjetividad dialógica que dirime en forma permanente el acoger al otro en su alteridad.

Palabras clave: narcisismo, grupalidad, vínculo, diálogo.

Abstract

A critical social analysis in social science has led to a characterization of contemporary western societies as eminently narcissistic. This paper is derived from this premise and seeks to deal with narcissism as an avatar of bonding. This means it is considered a complex set of processes that define and shape the group as a problem for analysis. Starting with an overview of narcissism in psychoanalytic theory, the notion of a subjective dialogic is discussed as means to permanently discern and embrace the other as distinct and different.

Keywords: narcissism, group, bond, dialogue.

* Profesora-investigadora en el Departamento de Educación y Comunicación de la Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco.

En los años recientes la cuestión del narcisismo aparece en forma insistente en la literatura especializada generando líneas de reflexión y polémicas acuciantes referidas a las formas de subjetividad contemporáneas. Los variados análisis que se han desarrollado desde distintas ópticas parecen converger en una tesis fundamental que propone abrir la comprensión de los procesos de subjetivación desde la vertiente de la historicidad, es decir, en la articulación de los avatares individuales con el devenir de la sociedad, lo que lleva a comprender las tramas de la vida como formas históricas donde late la temporalidad, idea alejada de toda linealidad cronológica para anudarse en cambio a las vicisitudes del deseo y la potencia de creación de mundos.

Por un lado, se ha puesto de relieve la relevancia de la noción de narcisismo para reordenar y desarrollar tesis centrales del psicoanálisis y para abrir una nueva comprensión a múltiples desafíos de la clínica que hoy se podrían denominar la clínica de la modernidad: el repliegue sobre sí mismo hecho de desamparo, hastío y embotamiento, las grandes fluctuaciones en la valorización del propio ser, los trastornos de la alimentación, la depresión y las adicciones, las adaptaciones compulsivas o cónicas ante las demandas de la vida, entre otras problemáticas de salud mental prevalecientes. Pero también desde otros ámbitos de las ciencias sociales el análisis crítico de la sociedad ha conducido a utilizar el término *narcisismo* aplicándolo a manifestaciones en la vida social que parecen conducir irremediamente a caracterizar a las sociedades occidentales contemporáneas como sociedades narcisistas y cuya expresión paradigmática sería la vivencia de vacío que se ha relacionado con la disolución de los marcos tradicionales de sentido, la pérdida creciente de puntos de referencia internos y de anclaje en una pertenencia colectiva. Llamam la atención modalidades de la experiencia que aparecen conformando auténticas figuras de desvinculación: vivencias de separación del mundo y de los otros así como desconexión del propio cuerpo en su densidad vital, con consecuencias decisivas en la experiencia de sí y en la acción social.

Se perfilan entonces, por un lado, entidades clínicas que convergen en organizaciones que se identifican como narcisistas y, por otro, aparecen formas de socialidad que están atestiguanando cambios significativos en la subjetividad colectiva que van de la mano con la organización

social de la modernidad. Hablar de narcisismo puede ser sin embargo apenas un comienzo para revisar las preguntas que nos hacemos sobre la realidad que queremos interrogar. Vale la pena pensarlo como un desafío a la comprensión y así, tal vez, encontremos una cuestión más enigmática que reveladora y transparente en sí misma. La nosografía psiquiátrica nos ofrece el expediente directo de la clasificación para ordenar los malestares y sufrimientos de los individuos. Pasar de la clínica al campo social requiere por lo menos un tránsito cuidadoso. En congruencia con esta exigencia, ubicamos nuestra reflexión desde la psicología social en donde encontramos en la temática del narcisismo una vía fructífera de indagación de los procesos que traman los aconteceres de la subjetividad. Desde tal perspectiva, el narcisismo es considerado como un avatar de los vínculos, es decir, como un conjunto de procesos que, en su movimiento, diseminación y complejidad (De Brasi, 1993), están siempre en juego constituyendo la problemática de la grupalidad.

Hablar de grupalidad es referirse a las complejas tramas que van dando cuenta del fluir de los vínculos que hacen a la vida humana. Al pensarla en *movimiento*, la concebimos en una dinámica permanente de vinculación y desvinculación para generar un espectro de conexiones y dispersiones. Es *compleja* porque involucra dimensiones diversas desde lo libidinal hasta lo institucional y lo propiamente histórico-social, y podemos caracterizarla como *diseminada* porque compromete tensiones diversas que desbordan los terrenos de la relación con uno mismo, con los otros y con el mundo. Desde ese marco de comprensión, nos alejamos radicalmente de considerar al narcisismo como una estructura –sea patológica o de personalidad–, para abordarla en cambio como procesos múltiples que confluyen en la tarea conflictiva, retardora y siempre abierta de inscribir en la subjetividad el régimen de los otros construyendo al mismo tiempo el camino de la diferenciación y autonomía. Tal tarea nos concierne a todos; de ahí que vemos al narcisismo como irreductible en la dinámica de la subjetividad, si bien, naturalmente, sus intensidades y figuraciones se corresponden con destinos diversos que, por otro lado, invariablemente anudan lo singular y lo colectivo. Por ello, no planteamos una disyuntiva entre narcisismo o grupalidad, sino que pensamos en una dinámica incesante (no hay fin

posible) donde ambas dimensiones participan en la invención de la propia vida a través de la construcción de las tramas complejas que arman los procesos vinculares.

El narcisismo lo miramos entonces como elemento constitutivo del devenir de la grupalidad, que tensa, implica y complica la tarea incesante de construcción de individuación y de vínculo, tarea que compromete tanto las expresiones de la política como los posicionamientos éticos y las configuraciones de la afectividad. Al centrarnos en el vínculo antes que en los sujetos, estamos llevando la argumentación de la grupalidad a calidades del vínculo que tienen que ver con la acción social y el compromiso, con acoger al otro semejante y extraño a la vez, con responsabilidad por los otros presentes y ausentes, con alteridad y diferenciación, con el flujo de la creación y la lucha por la vida.

Esta concepción de la grupalidad es de inspiración freudiana, y nos remite a la obra inaugural de *Psicología de las masas y análisis del yo*, así como a escritos anteriores, en particular a la obra canónica sobre la temática del narcisismo que lleva por título *Introducción al narcisismo* (1914) y la posterior y no menos crucial de *Más allá del principio del placer*. Bastaría por ahora recordar que *Psicología de las masas* abre señalando precisamente la dimensión constitutiva del otro en la subjetividad y evocando a continuación la oposición entre “actos sociales” y “actos anímicos narcisistas”. Las distintas modalidades de vínculo con el mundo harían patente la dinámica dialógica que recrea al yo desde las variadas figuras de la alteridad, así como el contraste con los momentos esporádicos de suspensión de la estructura del diálogo para abismarse en la vivencia de separación, de desprendimiento del mundo. La referencia extrema del espectro señalado son ciertas situaciones límite (*v.gr.*, el delirio, la melancolía) que abren desde la clínica una oportunidad de investigación para la comprensión de los procesos de la subjetividad en las condiciones ordinarias, como mostró siempre como vía metodológica de investigación el creador del psicoanálisis.

El desarrollo de la noción de narcisismo no sólo llevó a Freud, paulatinamente, al replanteamiento de la teoría de las pulsiones sino a ahondar en la irreductible condición de conflictividad del alma humana. Ambos aspectos nos parecen centrales para llevar la cuestión del

narcisismo a una reflexión sobre la experiencia, cuyo horizonte son invariablemente los vínculos con uno mismo, con los otros y con el mundo. Puede plantearse que el narcisismo está implicado con un conjunto de procesos a partir del cual se crea y se recrea el universo de lo propio y se lo inscribe en un régimen de historicidad. Naturalmente se dirime la génesis del yo y sus avatares, la que, en la descripción freudiana, apela a un estadio del desarrollo libidinal intermedio entre el autoerotismo y la libido objetal. Pero también compromete otras dimensiones como son el pensar la instancia yoica como una metáfora de la posición de un ser finito (cuerpo, espacio, tiempo) en el mundo, de su posicionamiento siempre en movimiento, en el que identidad y alteridad se expresan pasionalmente, es decir, apegándose y desprendiéndose de otros seres y objetos del mundo, flujo incesante que definiré las formas y calidades de la experiencia social.

Las temáticas que hemos esbozado en las líneas anteriores abren numerosas vertientes problemáticas que confluyen en la cuestión del vínculo y sus avatares. Nos acercaremos a algunas que consideramos cruciales en la comprensión de las formas de subjetividad contemporánea.

Aporías del narcisismo

Si quisiéramos ubicar el planteamiento central que se desprende de los desarrollos freudianos sobre el narcisismo, evocaríamos la sugerente metáfora del protozario emitiendo pseudópodos que se extienden y retraen, evocada por Freud (1914) para ilustrar los movimientos correspondientes a la investidura de objetos y al repliegue sobre el propio yo característico del narcisismo. Se describe así, un fenómeno por el cual el narcisismo y el interés por el mundo (concebido también como relación con el otro) se ubican como polos opuestos de vicisitudes energéticas en una dinámica característica en la que el acrecentamiento de uno de los polos iría en detrimento del contrario. Así, una recarga excesiva del objeto derivaría en un empobrecimiento del yo —que ahora se describe comúnmente como vaciamiento narcisístico— a la manera del enamorado humilde que ha sobreestimado su objeto de amor.

Y, como ejemplo de lo contrario, el delirio de grandeza en las perturbaciones psicóticas se explicaría por una desinversión radical del mundo exterior, que llevaría al estado original de un yo omnipotente investido totalmente por la libido. El referente imprescindible de esta movilidad libidinal es un sujeto pulsional librado al doble destino de la libido: invertir el mundo (libido objeto) o invertir el yo (libido narcisista). El análisis de este juego energético en distintas situaciones clínicas y de la vida cotidiana permitió a Freud concebir como problemático tanto un exceso como una insuficiencia de investidura del yo.

Si la cuestión del narcisismo tiene que ver con el juego de la vida, con el ejercicio incesante de un investimento del mundo y la simultánea posibilidad de repliegue como figura defensiva, encontraríamos en la complejidad del fenómeno claves para entender la insistente mención del narcisismo, no sólo como un eje teórico que ha sido fundamental en distintos desarrollos teóricos del psicoanálisis contemporáneo, sino, como hemos señalado, como término enigmático que insiste en los estudios sociales para dar cuenta de las modalidades de vínculo en el mundo contemporáneo.

Como sabemos, el desarrollo de la temática del narcisismo en el pensamiento de Freud fue un auténtico parteaguas que le llevó, paulatinamente, al replanteamiento de la teoría de las pulsiones y de la génesis del yo. Las pulsiones de autoconservación que hacían pareja con las pulsiones sexuales, ahora serían consideradas subconjuntos de las pulsiones de vida (Eros) que se opondrían a las pulsiones de muerte (Tánatos). Un elemento crucial que Freud destacó fue que el pasaje del autoerotismo originario al narcisismo primario requería para su establecimiento de “un nuevo acto psíquico”, que luego quedaría nítidamente expresado desde el estadio del espejo que postula Lacan. Se trata de la formación del yo, proceso eminentemente imaginario desde la doble identificación con la imagen virtual y, más allá de ella, con la de la especie, y a través del cual el sujeto va forjando conciencia de su singularidad.

Sin pretender dar cuenta de la complejidad de las cuestiones teóricas que se desprenden de la íntima relación entre la instancia yoica y el narcisismo, me parece de gran importancia reparar en algunos puntos cruciales, que serían, entre otros, la emergencia del yo que conlleva la

diferenciación yo-no yo de una primitiva fase monádica indiscriminada; las formaciones ideales como desprendimiento de la instancia superyoica y la cuestión de las identificaciones. Como marco fundamental de todos estos temas, se encuentra el postulado del dualismo pulsional Eros/Tánatos. Eros es ligazón, articulación de la vida en tramas cada vez más amplias y complejas; Tánatos, por el contrario, tiene como meta no sólo disolver nexos sino destruir la representación de las cosas del mundo. Como plantea P. Aulagnier (1994), la meta de Tánatos es un “deseo de no deseo”, un trabajo de borramiento de huellas de objetos investidos, de disolución. Estas cuestiones, lejos de circunscribirse a temas metapsicológicos, son de gran importancia para la subjetividad colectiva, uno de los grandes descubrimientos freudianos.

Dice Freud (1914:2009): “...la hipótesis de que en el individuo no existe, desde un principio, una unidad comparable al *yo* es absolutamente necesaria”. Esto apunta a un funcionamiento psíquico ajeno a la demarcación de fronteras de lo propio y lo ajeno, a cualquier diferenciación yo-otro y que, por tanto, se ignora la existencia de un mundo. La emergencia de una instancia que sea capaz de reconocerse diferenciada, teniendo como soporte la imagen del cuerpo, las experiencias iniciales de placer y de dolor, y la mirada deseante e integradora de la madre que le refleja su ser y lo nombra, constituye el inicio de un proceso de individuación que sólo puede concebirse como el ingreso al mundo humano, cultural y social, que implica tomar lugar en él y dirimir permanentemente el vínculo social, es decir, ser parte de la comunidad humana y ser a la vez un individuo diferenciado y creador. Sólo reconociendo ambas vertientes se podrá acceder a la comprensión de la difícil tarea de asumir y responsabilizarse de la propia vida sabiéndose al mismo tiempo parte del destino colectivo. Según P. Aulagnier (1994:225): “...el yo es este compromiso que nos permite reconocernos como elemento de un conjunto y como ser singular, como efecto de una historia que nos precedió mucho antes y como autores de aquella que cuenta nuestra vida...”. El yo va surgiendo en la medida de la emergencia de su capacidad de representarse diferenciado del mundo; las cualidades de esta diferenciación tienen que ver con unidad y con límites.

El cuerpo tendrá un papel primordial en este proceso al ofrecer al infante una forma que le permitirá integrar las sensaciones dispersas propias de un “cuerpo fragmentado”, una representación unificada de sí, anticipando un dominio sobre el cuerpo del que carece por su inmadurez biológica (Lacan, 1981). La experiencia especular circunscribe el cuerpo como lugar de proyección del yo, creando la imagen desde los procesos identificatorios y los auspicios de las primeras miradas que le fueron dirigidas. Ya decía Freud (1923:2709): “El yo es, ante todo, un ser corpóreo, y no sólo un ser superficial sino incluso la proyección de una superficie”. La experiencia del cuerpo como organizadora del sentimiento de existir y ancla de la identidad, se realiza en la medida en que el cuerpo espacializa y temporaliza. Cuerpo como referencia identitaria, que tiene que concebirse como cuerpo-mundo constituido por la dimensión del otro.

Dos figuras adicionales desplegarían las vertientes complementarias del mito de Narciso que inspiró los desarrollos psicoanalíticos: el espejo, que evoca a Narciso cautivado por su propia imagen y el Narciso que en su renuncia a la vida comete un suicidio pasivo. El repliegue sobre sí mismo, el efecto de captura de la imagen de sí que suspende el tiempo y el juego del deseo y, finalmente, el colapso de la vida ante el avasallamiento de la pulsión mortífera, señalan los peligros de un fenómeno que lejos de ser excepcional o propio de estados patológicos, remitiría a la condición de conflictividad propia del alma humana. En efecto, la representación del propio yo, que corresponde a lo que se llama *imagen de sí*, tiene un lugar central en la dinámica del narcisismo. Las condiciones de su construcción, tal como las plantea Lacan a través del estadio del espejo, hacen de la experiencia especular un lugar de proyección donde el yo adquiriría unidad y consistencia en el anclaje de la forma humana y la mirada deseante de la madre. Gracias a este sostén el sujeto puede escapar de la captura de una imagen que se reiteraría al infinito y no al modo de Narciso, quien sin el auxilio de esa referencia exterior, se precipita en el abismo mortífero de la ausencia del otro. Pero en cualquier caso, la cuestión de la imagen de sí crea y recrea un imaginario que se expresa en todos los ámbitos de la vida cotidiana y de la cultura donde el ser humano busca obsesivamente imprimir su propia imagen. También compromete una dinámica com-

pleja que puede ilustrarse con las formas depresivas vinculadas al odio a la imagen y con problemas de ausencia de imagen o fragmentación de la misma como en las perturbaciones psicóticas. La imagen de sí corresponde a un juego de ilusiones, de fijeza y mismidad, de protección a ultranza ante cualquier desmentida de la realidad que se experimentaría como amenaza o como herida narcisística, sea en el plano de los valores de la estética corporal, intelectuales o morales. El sentimiento de sí, la imagen de sí, son nociones que remiten a continuidad, a preservación de una identidad, que se oponen a la incertidumbre y al devenir del mundo subjetivo y social. La vitalidad de la imagen de sí requiere flexibilidad y tolerancia en las modificaciones identitarias. Se ha dicho que las organizaciones narcisistas, paradójicamente, cuentan con un precario narcisismo, es decir, una imagen de sí con anclajes difusos y precarios. Los desplantes megalomaniacos hablarían de un mundo subjetivo de imágenes congeladas y opresivas; en ellos campea la repetición y se diluye la fuerza de creación. Arriesgar la aventura de la vida, de la relación con otros, implica vulnerabilidad a desilusiones y sufrimiento, pero también inscripción en la dimensión de la historicidad. Cerrar el camino al otro, en un narcisismo regresivo al modo del mito de Narciso, anularía el tiempo y el deseo.

El yo, veníamos diciendo, surge de un devenir identificatorio y libidinal que provee representaciones de sí y su investimiento, que constituyen los procesos narcisísticos. Junto a las representaciones de sí, el yo está conformado también por lo que vive como sus “posesiones”; éstas pueden ser obras o realizaciones o bien objetos del mundo que son de alguna manera capturados en la esfera de lo que se identifica como lo propio. El caso paradigmático que Freud señaló al respecto es el de “su Majestad el bebé”, el hijo que es vivido como una prolongación de los padres y que entra a jugar fuertemente en la economía narcisista. La familia puede también llegar a vivirse como una extensión del yo y generar así un Yo narcisista familiar (Green, 1999). El yo se juega en una dinámica entre ser y tener, entre registro narcisista y registro objetal. Todos los soportes internos (las investiduras de lo propio) a través de la identificación, permiten que el yo encuentre un camino de afirmación de cierta autonomía, de elaboración de las dependencias “fusionales” y del disfrute de la omnipotencia de la fantasía

y del pensamiento; pero la imagen de sí, finalmente, requiere también, forzosamente, de los soportes externos (las relaciones de objeto en la jerga psicoanalítica, es decir, los vínculos con los otros, con el mundo). Recordemos que Freud abrió la pregunta inquietante de por qué nos vemos en la necesidad de traspasar las fronteras del narcisismo e investir objetos, y señalaba que el “estancamiento” de la libido del yo era propiciador de situaciones patógenas y que deberíamos “amar para no enfermar”. Amar implicaría investir libidinalmente un objeto que no sea el propio yo, es dejar entrar la dimensión del otro en el espacio psíquico. Sin embargo, la elección de objeto no garantiza acogerlo en su diferencia; dadas las diferentes variantes del amor narcisista (elegir al objeto por su semejanza con el yo o con su ideal), queda abierta la polémica de hasta qué punto podemos los seres humanos trascender el narcisismo y realizar un encuentro genuino con un otro que nos confronte desde su alteridad.

La idea de soporte (interno y externo) es crucial para concebir la tarea del yo de hacer prevalecer el enganche a la vida. El yo debe contar con un capital propio (los investimentos narcisistas) que posibilitan el cuidado de sí, la preservación de la propia vida, la demarcación de límites y el desarrollo del poder de autoafirmación y autonomía; pero al mismo tiempo, requiere asumir su condición dependiente y relacional, abandonar la omnipotencia, tolerar la vulnerabilidad que supone el deseo por otros y por el mundo. De ahí que se insista en que el narcisismo tiene un aspecto trófico que, literalmente, alimenta o apuntala la organización y percepción de una genuina singularidad, y de esta manera protege el sentimiento de existir y de estima de sí, favoreciendo el camino hacia la autonomía del sujeto. Consistencia, cohesión, continuidad, autovaloración, apuntalamiento de la autoconservación y cuidado de sí son las vivencias que han hecho concebir un “narcisismo de vida” (A. Green, 1999), sustento de la propia integridad, que sin embargo coexiste con una modalidad de narcisismo profundamente defensiva donde campea el miedo y la agresión. Esta forma de narcisismo negativo que A. Green (1999) llama “narcisismo de muerte” supone incorporar en su comprensión el conflicto pulsional Eros/Tánatos. El odio a sí mismo, el odio-miedo al otro son expresiones de la pulsión mortífera cuya culminación sería la desco-

nexión del propio cuerpo y sus potencias y de la conexión con el mundo.

Un elemento central involucrado en esta forma regresiva es la omnipotencia narcisista que busca sostener la ilusión de autosuficiencia y control, y se defiende de las duras pruebas de la realidad, odiando todo aquello que la pone en tela de juicio. En el fondo, este repliegue al yo-ideal narcisístico de la identificación primaria que busca suprimir la representación del objeto fusionándose con esa emanación de sí mismo que produjo la omnipotencia infantil, expresa una gran vulnerabilidad, una clausura que busca cancelar el movimiento deseante que tiene que ver con afectar y ser afectado, con saberse descentrado por la existencia independiente y separada del objeto. Las pruebas de la castración suponen heridas narcisísticas inevitables pero rompen la clausura de la mismidad autoabastecida e impenetrable. La experiencia de la identificación primaria con la imagen omnipotente es fisurada cuando el ideal se separa del yo y desde el no ser anhela y aspira a un estado potencial ideal. Entonces no se trata del yo-ideal imaginario (ideal de omnipotencia y perfección) sino del ideal del yo simbólico que recoge las aspiraciones y valores parentales y sociales. Para Freud (1914) el yo evoluciona alejándose del narcisismo primario pero este alejamiento genera una intensa tendencia a conquistarlo de nuevo; ocurre entonces un desplazamiento de la libido sobre un yo ideal que proviene del exterior. De ahí que una fuente importante de satisfacción narcisista (sentimiento de autovaloración) provendrá del cumplimiento del ideal, que se sumaría, plantea Freud, a una parte de la autoestima que es primaria en tanto residuo del narcisismo infantil y a una tercera fuente que sería la satisfacción de la libido objetal (el amor correspondido). La aspiración narcisística de cumplimiento del ideal aumenta las exigencias del yo como parte de la instancia superyoica que vigila y compara el yo real con su ideal. Cuando el ideal del yo es proyectado en el objeto (proceso de idealización) se produce la locura pasional, estado de gran disponibilidad libidinal y de posibles extravíos, que también es clave en la psicología colectiva.

Entre la economía narcisista y la objetal, es decir, entre las investiduras del yo y las investiduras objetales, se da un movimiento permanente

de recomposición y reorganización, posicionamientos y reposicionamientos que responde al devenir del sujeto y de sus vínculos. La premisa es un yo identificante, es decir, activo en la construcción de representaciones de sí mismo y no una instancia pasiva, que tendrá como tarea la reorganización permanente de sus investiduras, hacer el duelo de ciertos objetos y elegir otros, procesos que no se realizan sin resistencias y conflicto, derivados tanto de la propia dinámica psíquica como de las exigencias de la realidad. Es decir, el yo tendrá que reconocerse a pesar de los cambios en sus referentes identificatorios como son su cuerpo, sus vínculos y las instituciones de su sociedad, en un trayecto que permanece abierto. Parafraseando a Freud, Piera Aulagnier (1999:224) plantea que “el principio de permanencia y el principio de cambio son los dos principios que rigen el funcionamiento identificatorio”. El concepto de “proyecto identificatorio” que plantea Aulagnier resulta crucial para dar cuenta de la dimensión de la historia que define al yo en devenir. La inscripción de la temporalidad produce un sujeto de la historia, y aquélla es correlativa a la potencia del yo que se recuerda (memoria siempre relacional) y que anticipa su futuro. Incansable narrador de su historia y soñador de nuevas aventuras, el yo a través del proceso de historización genera una doble inscripción: la del yo en su individuación singular y la del yo como parte de un conjunto. Éste es uno de los señalamientos freudianos que ya hemos mencionado y que debería tenerse presente en toda reflexión sobre las identificaciones y la grupalidad. En este sentido, Kaës (1996) insiste en la importancia de la doble condición narcisista por la cual el individuo no sólo pugna por su preservación sino que asegura la continuidad de las generaciones y de los grupos. La filiación y la afiliación dan cuenta de la vertiente colectiva del narcisismo, asentada en las identificaciones, la función del ideal y los pactos inconscientes.

Cada individuo forma parte de varias masas, se halla ligado, por identificación, en muy diversos sentidos, y ha construido su ideal del *yo* conforme a los más diferentes modelos. Participa así de muchas almas colectivas: la de su raza, su clase social, su comunidad confesional, su estado, etc., y puede, además, elevarse hasta cierto grado de originalidad e independencia (Freud, 1929:2600).

Las instituciones constituyen un apuntalamiento fundamental de la economía narcisista. Es lo que expresa la noción de “contrato narcisista” (Aulagnier) que remite a la dimensión imaginaria que da cuenta de la necesidad de sostener la permanencia de la institución a cambio de los beneficios narcisistas de la seguridad, el anclaje, las identidades, legitimaciones y lugares establecidos en el mundo social y que Kaës complementa con la idea de “pacto de negación” que, plantea, funciona en todo vínculo (una familia, grupo o institución) y se forma por represión de los fundamentos que sostienen las formaciones colectivas.

Los destinos de los vínculos

El breve recorrido que hemos hecho alrededor de los procesos que compromete la noción de narcisismo en su acepción psicoanalítica nos coloca en la perspectiva de su complejidad y sus aporías: constructora de singularidades y apasionamiento en la imagen congelada, afirmación de sí y extravíos en el encuentro con el otro, excesos e insuficiencias, heridas y aprendizaje, apropiación y separación, vida y muerte... Conceptos rectores desde esta mirada son el Yo, la *relación de objeto* y las *instancias ideales*, entre otros, que iluminan las vicisitudes pulsionales que confronta el sujeto en su emergencia y tránsito vital. Al poner en perspectiva el devenir de la subjetividad en el marco del devenir socio-histórico (campo de la psicología social) la noción privilegiada es la de vínculo, que incorpora la idea de conflicto psíquico propia de la metapsicología freudiana (instancias, fuerzas y principios contrapuestos), pero además acoge en su esquema de comprensión el campo de interacción que compete a la vida cotidiana, en la densidad de los “cruces y anudamientos deseantes entre seres singulares” (De Brasi, 1990), los flujos de significaciones sociales imaginarias, los cauces normativos y los mecanismos del poder. Nuestro análisis no podría prescindir de la comprensión de la dinámica intrasubjetiva (el mundo interno diría Pichon-Rivière, con su multiplicidad de personajes y objetos fantasmáticos en permanente drama y recomposición) pero toma como eje las ideas de situación y de acción en el mundo. Entonces el vínculo,

o mejor, las tramas vinculares adquieren la densidad de la experiencia, invocan límites y temporalidades y dirimen el proceso de historización. La noción de vínculo se inscribe en la idea de una subjetividad dialógica que pone en cuestión la forma de estar en el mundo, así como el posicionamiento ante uno mismo y los otros. Compete, diría Raymundo Mier (2004), a las modalidades de la interacción, el intercambio y la solidaridad, en la complejidad de sus perfiles éticos, pasionales y normativos. Si la interacción aparece como “acción recíproca mediada radicalmente por el campo normativo”, si bien sometida a las tensiones de su condición abierta y múltiple, y el intercambio tiene como figura paradigmática el don (en la acepción que le da M. Mauss en su conocido ensayo) que genera la reciprocidad otorgando las cualidades de singularidad y relevancia en “la creación de diferenciación y comunidad simultánea”, la experiencia de solidaridad aparece “como el sustento del impulso creador del vínculo social, momento de reinención de memoria, de la construcción de la metáfora sobre la comunidad tácita –imaginaria– de horizontes, de experiencias de amplitud de la acción potencial” (Mier, 2004:149).

El vínculo como creación supone una condición dialógica que dará cuenta de la calidad del tejido social. En el encuentro que produce sentido las partes no se funden, no se eclipsan en la simbiosis o en el espejo (mismidad), sino que se acoge al otro en su diferencia. El otro en su dimensión de misterio me interpela y sólo con el otro y desde el otro me convierto en mí mismo. “El sentido tiene carácter de respuesta. El sentido siempre contesta ciertas preguntas” (Bajtín, 2000). De ahí que el narcisismo, como búsqueda incansante de sí, como afirmación de fronteras y de individuación, sólo puede ser útil a la vida singular y al destino colectivo si sufre un desplazamiento continuo de los códigos, del espectro normativo que produce la ilusión de identidad y la creencia en que el otro, los otros, son predecibles. Nos preguntaríamos si el narcisismo, que nunca nos abandona, permite un encuentro auténtico cuando el impulso que nos lleva al otro se acompaña de una fuerza devoradora que busca anular la diferencia o bien de un odio a lo diferente que se vive como amenaza, si es posible la gestación compartida no de la autosuficiencia, sino de la autonomía. Dice M. Percia (1994:7): “Hoy sabemos que es posible una existencia social sin hu-

manidad. Intercambios sin recepción. Interacciones sin conexión. Comunicaciones sin diálogo. Consensos criminales”. De ahí que propone pensar el diálogo como trabajo de recepción (hospitalidad, ampliación de sí desde la ajenidad) y de demora. Reconocer al otro, esperar su respuesta, reconocer su fuerza decisiva en la construcción del destino común. Nuestra hipótesis es que en las sociedades contemporáneas impera el monólogo, la sordera y la cosificación del otro, terreno que es sustento de las formas más regresivas del narcisismo.

Construir las condiciones donde la dimensión de la grupalidad despliegue su potencia para articular la vida es evidentemente una tarea de la subjetividad colectiva, que tendría que trabajarse en todos los intersticios de la vida cotidiana donde los vínculos dan cuenta y expresan la potencia de subjetivación que va marcando el devenir individual y social.

Bibliografía

- Aulagnier, Piera, “Los dos principios del funcionamiento identificatorio: permanencia y cambio”, en L. Hornstein *et al.*, *Cuerpo, historia, interpretación*, Paidós, Buenos Aires, 1994.
- Bajtín, Mijaíl M., *Yo también soy (Fragmentos sobre el otro)*, Taurus, Madrid, 2000.
- De Brasi, Juan Carlos, “Devenir de la grupalidad y subjetividad en psicoanálisis. El caso de psicología de las masas”, *Lo grupal 10*, Búsqueda de Ayllu, Buenos Aires, 1993.
- _____, *Subjetividad, grupalidad, identificaciones. Apuntes metagrupales*, Búsqueda-Grupocero, Buenos Aires, 1990.
- Freud, Sigmund, *Introducción al narcisismo*, 1914.
- _____, *Más allá del principio del placer*, 1920.
- _____, *Psicología de las masas y análisis del yo*, 1921.
- _____, *El yo y el ello*, 1923.
- _____, *Obras Completas*, Biblioteca Nueva, Madrid, 1981.
- Green, André, *Narcisismo de vida, narcisismo de muerte*, Amorrortu, Buenos Aires, 1999.

- Hornstein, Luis, *Narcisismo. Autoestima, identidad, alteridad*, Paidós, Buenos Aires, 2000.
- Kaës, René *et al.*, *La institución y las instituciones. Estudios psicoanalíticos*, Paidós, Buenos Aires, 1996.
- Lacan, Jacques, “El estadio del espejo como formador de la función del yo tal como se nos revela en la experiencia psicoanalítica”, *Escritos I*, Siglo XXI Editores, 1981.
- Mauss, Marcel, “Ensayo sobre los dones. Motivo y formas de intercambio en las sociedades primitivas”, *Sociología y antropología. Textos escogidos*, Tecnos, Madrid, 1974.
- Mier, Raymundo, “Calidades y tiempos del vínculo. Identidad, reflexividad y experiencia en la génesis de la acción social”, *Tramas. Subjetividad y Procesos Sociales*, UAM-Xochimilco, México, 1994, pp. 123-159.
- Percia, Marcelo, *Una subjetividad que se inventa: diálogo demora recepción*, Lugar Editorial, Buenos Aires, 1994.
- Rother de Hornstein, M.C., “Historia libidinal, historia identificatoria”, en L. Hornstein *et al.*, *Cuerpo, historia, interpretación*, Paidós, Buenos Aires, 1994.